

Aristides ganó la voluntad de aquellos dos personajes haciéndoles favores cuya importancia fingió desconocer. Puso al Barón á quien entonces comprometía una historia de las más sucias, en relación con Sidonia, con el pretexto de que la recomendase para la concesión de una compra de cortinas para las Tullerías. Sidonia ofrecióse al Barón y éste le encomendó el arreglo de un asunto en que mediaba una niña de diez años.

Saccard le inició en fin en mecanismos financieros de prodigioso ingenio, y cuando el señor Tontin-Laroche se separó de él, le estrechó espresivamente la mano diciéndole:

—¡Usted será un hombre, merece serlo!

Saccard manejó diestramente á los dos personajes, hasta el punto de no hacer cómplices á uno de otro. Los visitó separadamente interesándoles vivamente en favor de un conocido suyo que iba á ser expropiado en la calle de la Pepiniere, teniendo buen cuidado de decir á cada uno que no hablaría del asunto á ningún otro miembro de la Comisión.

Cuando fué presentado el expediente sucedió que precisamente uno de los miembros vivía en la calle de Astorg, y conocía la casa, escandalizándose ante la suma de quinientos mil francos, y pidiendo que se redujese á menos de la mitad.

El señor Tontin-Laroche que estaba de un hu-

mor endemoniado tomó la defensa de los propietarios.

—Señores—exclamó:—todos somos propietarios. El Emperador quiere hacer las cosas en grande; no discutamos sobre pequeñeces. Esa finca debe valer quinientos mil francos... uno de nuestros agentes, un empleado del Ayuntamiento es el que la ha tasado. Señores, siguiendo así, conseguiremos hacernos sospechosos los unos á los otros.

El Barón, miraba con sorpresa á su colega, quien lanzaba todo género de argumentos en favor del propietario de la calle Pepiniere. Sospechó algo, pero viendo que esto le evitaba formar la palabra, asintió con un movimiento de cabeza. El miembro de la calle de Astorg debatíase enérgicamente, y entonces el señor Tontin-Laroche, notando las muestras de asentimiento del Barón, tomando el expediente exclamó con voz dura:

—Basta. Aclaremos todas las dudas. Yo me encargaré del asunto si se me permite, y el barón Gouraud informará conmigo.

—Eso es—dijo gravemente el Barón—todo debe estar claro en nuestras resoluciones.

Desapareció el expediente en el bolsillo del señor Tontin-Laroche, y la comisión hubo de conformarse.

Una vez en la calle, los dos amigos se miraron

sin reirse. Juzgábanse cómplices, lo cual les daba más aplomo. Otros hubieran provocado una explicación, pero los compadres continuaron defendiendo muy serios á los propietarios, como si aún les escuchasen, lamentando aquella injustificada desconfianza que empezara á germinar.

Cuando iban á separarse, dijo el Barón sonriendo:

—¡Ah! Olvidábame de advertir á usted, mi querido colega, que he de marcharme fuera, y estimaría que redactara usted el informe y le ruego no hable de mi marcha, pues esos señores parece que se quejan de mis frecuentes ausencias.

—Bien, bien,—contestó el colega—ahora mismo voy á pasar por la calle de la Pepiniere para informarme.

Y se fué á su casa tranquilamente, admirando al Barón que tan fácilmente resolvía las situaciones delicadas. Guardó el expediente y en la sesión inmediata declaró en nombre del Barón y en el suyo que entre la oferta de quinientos mil francos y la demanda de setecientos mil era necesario conceder un término medio..... seiscientos mil francos.

Nadie se opuso y el miembro de la calle de Astorg, que sin duda había meditado más despacio, declaró solemnemente que se había confundido con la casa inmediata.

Así alcanzó Saccard su primera victoria, cuadruplicando una suma y ganando dos cómplices. Solamente una cosa le preocupaba: cuando quiso destruir los libros de Sidonia no los halló. Sansonneau le confesó descaradamente que él los tenía, y que se quedaba con ellos.

Saccard no se enfadó, diciéndole que lo sentía por él si acaso le comprometían estando escritos casi todos de su puño y letra, pero en fin, quedaba tranquilo por su parte.

Claro que de buena gana hubiera estrangulado al amigo Sansonneau, pues recordaba, entre otros, un documento muy comprometedor, un falso inventario que había cometido la torpeza de firmar y que debía constar en el registro.

El avisado amigo espléndidamente recompensado, instaló una oficina de negocios en la calle de Rivoli, con gran lujo, y Saccard, después de renunciar á su empleo, contando ya con fondos para empezar sus negocios, lanzóse á la espectación, mientras su mujer, aturdida con sus trenes y boatos se hundió en el caos de una bulliciosa vida.

Era el hotel Berand, una edificación de principios del siglo xvii, de esas tan numerosas en el Marais, severas y obscuras, con altas y estrechas ventanas, que acababan por convertirse en colegios ó almacenes. Esta no estaba mal conservada. Tenía tres pisos sobre la calle de San Luis de la

Isla. El bajo, de menor elevación que los otros, estaba lleno de ventanas enrejadas; tenía una puerta casi tan alta como ancha, llena de herrajes pintada de verde y adornada de enormes clavos. Las demás ventanas de los otros pisos, estaban provistas de lijeros antepechos. En lo alto y delante de las bohardillas el tejado estaba cortado, lo que aumentaba más la austera desnudez de la fachada sin una persiana ni un adorno. El edificio con su aspecto venerable, dormía solemnemente en medio del recogimiento del barrio y del silencio de la calle no interrumpido por el rodar de los coches.

En el centro del hotel abríase el patio como una miniatura de la Plaza Real, y hallábase enlosado con enormes losas, completando el aspecto sombrío de la vetusta mansión. Frente al soportal veíase una fuente cuyo surtidor era una cabeza de león, por cuya entreabierta boca vertía un chorro de agua monótona y pesada que saltaba sobre la taza cubierta de musgo y desgastada. Entre las losas crecía la yerba y durante el estío un rayo de sol bajaba hasta el patio como rara visita que blanqueaba un ángulo de la fachada. En el fondo de aquel sombrío patio, á la luz mortecina del invierno, cualquiera se juzgaría transportado á mil leguas del nuevo París, en el que comenzaba una batahola de lujo y de dinero.

En todas las habitaciones del hotel se respiraba la misma fría solemnidad del patio. Subíase á ellas por una anchísima escalera con barandilla de hierro, resonando allí los pasos como bajo la bóveda de una iglesia. Antiguos muebles decoraban las vastas habitaciones viéndose en la semi-obscuridad confusamente las pálidas figuras de los tapices. Todo el extraño lujo de la antigua clase media parisien veíase allí; sillas de encina cubiertas con rígidas telas, arcones inmensos, en los que la rudeza de las tablas las hacía inservibles para los delicados vestidos modernos.

El señor Berand du Chatel, había elegido sus habitaciones en la parte más retirada del hotel, en el primer piso, viviendo allí recogido entre la sombra y el silencio.

En aquella mansión muerta, en aquel claustro, había un rincón de encantadora niñez de aire puro y alegre. Era necesario subir y volver á bajar, hacer un verdadero viaje para llegar por último á una espaciosa habitación á espaldas del hotel que daba sobre el muelle de Bethune. Tenía la ventana muy grande al Mediodía por donde entraba la luz con todo el ambiente de un azul ilimitado. Suspendida como un palomar, se veían en aquella estancia grandes cajas y macetas con flores, una inmensa pajarera y ni un solo mueble. Solamente en el suelo veíase extendido un felpu-

do. Aquel era el «cuarto de las niñas» conociéndosele en todo el hotel por este nombre. Tan húmeda y fría era la casa que la tía Isabel había llegado á temer por Cristina y Renata, concibiendo la idea de hacer preparar para ellas aquel olvidado rincón único de la casa donde el sol penetraba.

Durante las vacaciones, habitaba allí Renata, convertido el «cuarto de las niñas» en un paraíso romano con el canto de los pájaros y la animada charla de las muchachas. Llamábanle «nuestro cuarto» y se encontraban en él como en sus propios dominios, llegando en ocasiones á cerrarse con llave, para convencerse de que eran las únicas dueñas.

El inmenso horizonte abierto á sus miradas era para las niñas el mayor encanto. Vislumbrábase todo el extremo del Sena, y la parte de París que se extiende desde la Cité hasta el puente de Bercy. Sobre el muelle de Bethune, veíanse las barracas de madera medio hundidas, entre una confusión de vigas y tejados agujereados, por entre los cuales se veían correr enormes ratas. Más allá, la perspectiva era otra, la estacada extendiendo sus tablonés y sus sostenes de catedral gótica, y el puente de Constantina, columpiándose como un encaje bajo las pisadas de los transeúntes, pareciendo interrumpir el curso del río. Al frente los

árboles del Mercado de Vinos, y más allá las espesuras del Jardín de Plantas, mientras á la otra orilla el muelle Enrique IV y el de la Rapée, alineaban sus construcciones, que desde la ventana parecían casitas de juguete. A la derecha y más en el fondo, la cubierta pizarrosa de la Salpêtrie se sobresalía entre los árboles, y en medio, bajando hasta el Sena, formaban las riberas dos largas filas grises cortadas en algunos sitios por hileras de barricas, pilas de maderas ó carbón amontonado.

El alma de todo aquello era, sin embargo, el Sena, saliendo de allá abajo y corriendo majestuoso hacia la casa, para extenderse y ensancharse como una sábana en la punta de la isla.

El puente de Bercy y el de Austerlitz, que cortaban el río, parecían presas necesarias puestas allí para impedirle subir hasta la ventana. Teníanle cariño las dos muchachas y se extasiaban en la contemplación de su corriente, que sentían desaparecer á derecha ó izquierda, con la suavidad del gigante ya vencido.

Allá á lo lejos, la superficie del Sena hacíase más admirable y preciosa, como la gasa encantada y transparente de una hada, reflejándose sobre ella trémulo, la bóveda celeste, las filas de las construcciones y el verde follaje de los dos parques.

En algunas ocasiones, Renata, ya crecida, cansada de aquel vasto horizonte, llena de inconsciente sensualismo, tornaba los ojos á la escuela de natación de los baños Petit, cuya barca amarrada, parecía esperar los cuerpos desnudos de los nadadores, que se adivinaban á través de las sábanas tendidas á manera de cubierta sobre el establecimiento.

### III

Máximo, el hijo de Saccard, continuó en el colegio de Plassans hasta las vacaciones de 1854. Había cumplido los doce años y acababa de terminar el bachillerato, por lo que, su padre, decidió traerle á París, pensando que esto le daría cierta respetabilidad en su papel de viudo rico casado en segundas nupcias.

Cuando comunicó su proyecto á Renata, contestó ésta con acento indiferente:

—Sí, tráete al chiquillo. Nos servirá de distracción. Estas mañanas son tan aburridas...

El chiquillo llegó ocho días después. Era un galopín ya crecido con cara de chica, constitución endeble, aire descarado y pelo rubio claro. Ra-